

## PEREGRINOS DE AZTLAN\*

La historia nos dejó, como en un mal sueño, varados en la isla del olvido, presos. No sólo eso, han quedado encadenados los genes que guardan la cultura, esencia de nuestra historia, vedando las arterias que como ríos traen el ímpetu de la sangre que anima la voz y el alma de nuestro pueblo. Ni dignidad ni letras para los esclavos, dijeron los dominadores, solamente la ignominia, la burla y la muerte; si acaso, la trágica baba de la demagogia, falsa moneda de los perversos. Cuando la amnesia empezaba a plantar tinieblas en nuestra memoria, fuimos a nuestros antiguos lagos, buscando en el fondo los rostros que habíamos perdido, y vimos a través de la bruma milenaria que estaban desvaídos y que ya no eran los mismos. Allá llegamos, hasta el lecho ascendente de un río, frente a la montaña de granito; gritamos para que el eco nos volviera los nombres y las voces que se iban...dejándonos vacíos. Bajamos por los montes, por todas las rutas y caminos, arrastrando nuestras raíces contra los abrojos, la nieve y el fuego; íbamos preguntando por nuestro destino, pero nadie nos quería entender por lo raro de nuestros signos. . .Fuimos al fondo del mar, donde las estrellas bajan a sus nidos, a preguntar si el cielo sabe a dónde vamos, o de dónde venimos.

Regresad más allá de la cruz de caminos, rompéd el silencio de las centurias con la agonía de vuestros gritos, veréis campos floridos donde plantasteis niños y árboles que se han bebido la savia de los siglos; árboles petrificados sin trinos y sin búhos, ahí donde moran las voces de los sucumbidos. El destino es la historia y la historia es el camino tendido ante los pasos que no han sido. ¿Quién os ha hecho creer que sois corderos y bestias para el yugo?

¡Caballeros tigres, caballeros águilas, luchad por el destino de vuestros hijos! Sabed los inmolados, que en esta región, seréis alborada y también seréis río. . .

\* \* \*

Pos ahí entre el desierto enterré a mi cuate. Tuve que esperar la noche; le hice la lucha de día, pero ¡chihuahua! quemaba tanto la tierra que pensé en la cabeza de un gigante muy grande, muy grande, que se moría de calenturas, y esto que el suelo no estaba nada duro. No hice muy grande el hoyo; ahí nomás como para que no se lo comiera la coyotera. De noche también estaba pelona la escarbadera, pero de malas no tanto que empollara las manos. A lo que yo le tenía terror de a madre en las noches es a las víboras, ¡hijas de su refregada! Cuando las oía chillar de cerca, sonando los cascabelitos, hacía de cuenta que las traía enroscadas en las orejas ¿Que si hay víboras en el desierto? Que me lo pregunten a mí; si no me picaron es porque Dios es muy grande.

Junté de esos matorritos que se prenden al desierto como piojos; de modo que con tierra arenosa, ramas y brincos lo fuí pisoneando. Yo sé que se llamaba Manuel, Manuel no sé qué. La peluza le puso el "Batepi". Chingo de gentes se llaman Manuel. Me lo encontré en Empalme en aquellos días de la contratada. Pa mí que éramos más, pero Enrique Ramírez, "El Burro", dijo que nomás diez mil; y de esos tantos, pos de cincho que no los iban a contratar a todos, y pos de preferencia a los que pudieran pagar la mordida. La cabrona ilusión nos tenía allí, bien atornillados. A pocas hojas, ya perdidas las esperanzas, mandamos a chingar a su madre todo ese relajo de esperar estando en la vil chilla, y le entramos a pie decididos a cruzar a como diera lugar. El hoyo lo terminé en la madrugada. Bien bombo que me sentía.

¿Cómo llegué a San Luis? No me lo pregunten. Quién sabe. Mucha gente dice que lo que nos gusta es aventurar y que dejamos la tierra abandonada por flojos que semos; pero pues no hay pueblo que no esté bocabajado por los caciques y los políticos. Con todo y lo mucho que quiero yo a mi tierra; por más que me arda, sé por propio dolor que entre más indio es el campesino, más condenado está a la esclavitud y al olvido.

\*Miguel Méndez nos ha enviado estos dos textos entresacados de su novela *Peregrinos de Aztlan* (en prensa). Es autor de "Tata Casehua" y "Taller de Imágenes", ambos cuentos publicados en la antología de narrativa chicana titulada *El Espejo* (1968). Aparte de su novela, el Sr. Méndez está por publicar un libro de poesía; es director de la revista literaria *Lluve Tlaloc*, y enseña cursos de literatura en Pima College, Arizona.

De suerte que estaba chaparrito el Batepi, todavía así tuve que acomodarlo recostado. Tres semanas duré en Empalme, en el llano ese que está cerca de la vía del tren. Había decidido arriesgarme otra vez, encaprichado en arrancarle a la vida un poquito de lo mucho que me negaba; porque el destino me sonreía con los ojos de una muchacha tan linda que no había por menos de buscar un futuro digno para ofrecérselo a ella. Entre todo ese mundo que estábamos ahí acampados a la buena de Dios, pasaban cosas bien tristes; y cómo no, si éramos de lo más hambriento del país, y no digo sólo del país, sino de todo el mundo. Me acuerdo de Moroyoqui, un guachito fífirichi de por el sur que se nos echó de hambre. Entre miles de pelados hechos bola, claro que algunos caían de hambre todos los días; curioso hubiera sido un caso de indigestión.

Fue por esos días en que pasó el candidato. En Mexicali y en Guaymas dijo discursos retebonitos, pero cuando pasó con su comitiva por entre medio de nosotros se asomó del camión y nos saludó de lejos, muy calladito. Nosotros nomás nos quitamos los sombreros, serios, serios. Eramos muchos miles, de seguro que olió la miseria. Le agradecemos que no prometiera nada; por lo menos no se burló del dolor haciendo promesas. Al Moroyoqui le decían “El Chapulín”, por lo flaco y el sombrerito verde que había pepenado quién sabe dónde. En puras cacharpas de veinte y de a diez centavos le juntamos quince pesos para que se diera una alimentadita. Se metió unos tacos por debajo de las narices y con lo que le quedó se fue a pata hasta donde las putas; entonces cobraban diez pesos, regatiándoles. Dijo la Marlene que cuando estaban contando las cacharpas que ella se ganó, se le torcieron los ojos al chapulín y nunca más los volvió a enderezar.

Una noche vi llorar a Manuel, en una descuidada que se dió. Me platicó lo del papá enfermo, de la mujer y de los chamacos hambriados; nada nuevo, cuando allí, a todos, por una cosa o por la otra nos andaba llevando esa que mientan tanto. Busqué algo con qué hacerle una cruz. Ni un desgraciado palo hallé; pero dí con un montón de huesos, no supe si de perro, hombre o vaca, lo cierto es que le puse su crucecita. Yo la miraba tan hermosa con aquellos vestidos floreados ¡bonitos! Siempre alegre y risueña. Qué me va a querer, pensé. Siendo yo un pelado muerto de hambre, harapiento y huarachudo. Supe que me quería porque empezó a usar vestidos muy pobrecitos, para encontrarse conmigo. Le hablé a lo macho: espérame, voy a conquistar la suerte para tí. Viéndome en sus lágrimas le volví a decir: si en dos años no sabes de mí, dame por muerto.

Cuando enterré a Manuel me puse a llorar, no por él, pa qué más que la verdad, sino por ver la desgracia que llega el hombre, y también porque me vi en su lugar. Yo sé que en los cuentos el joven pobre que sale a aventurar, vuelve rico a su tierra y se casa con la hija del rey; pero también sé, ahora, que ser chicano o espalda mojada es ser esclavo y vivir menospreciado. Por las tardes, cuando termina la labor, contemplo los crepúsculos, tristes y luminosos, como las sonrisas de los pobres que viven de ilusiones. Hace un siglo salí de mi pueblo; algún día he de volver a llorarle a mis muertos.

Miguel Méndez

Pima College, Arizona